

LAS AVENTURAS DE COLMI, EL DIENTE

Colmi era un diente blanco, muy reluciente, le gustaba estar blanquito y brillante como un espejo. Y era muy pequeñito. Estaba en la boca de su dueña, Paula, una niña de siete años que vivía en Cabrerizos.

Un día empezó a notar que se tambaleaba en la boca de su amada Paula.

Otro día, la niña se dio cuenta de que le estaba saliendo un nuevo colmillo justo detrás de Colmi. Entonces Paula le dijo a su madre:

- ¡Mamá, mamá! Yo noto que se me mueve un colmillo y que detrás me está saliendo ya el diente definitivo.

Su madre entonces llamó al dentista y le dijo:

- Por favor, Doctor Bruto, ¿puedo pedirle cita para que a mi hija le quiten un colmillo de leche que se le mueve? Ya le está saliendo el definitivo... Sí, sí, el martes a las 12 en punto estaremos allí.

Al escuchar aquello, Colmi se puso muy triste.

Los días pasaron muy rápido para Paula y para Colmi. Ya el martes llegó y Paula se fue al dentista con su madre. Colmi estaba temblando de miedo. No quería despedirse de su muy querida Paula, porque no comía muchas chuches y además se lavaba muy bien los dientes.

Cuando Colmi vio al Doctor Bruto aún tuvo más miedo. Era un señor muy grande y alto, estaba calvo y tenía los ojos marrones. Entonces el Doctor Bruto dijo:

- Este colmillo se mueve mucho, no va a hacer falta que se lo quitemos. Se caerá solo.

Entonces Colmi, al escuchar aquello, se puso a dar saltos de alegría. Los demás dientes, cuando lo escucharon, también dieron brincos de emoción porque Colmi se iba a quedar unos días más en la boca e hicieron una fiesta.

Él sabía que tarde o temprano tendría que marcharse, pero aún no era su momento, y pensaba disfrutar de cada minuto con su amiga y su familia de dientes.

EL LIBRO MÁGICO DEL ARCO IRIS

Había una vez un libro en blanco que estaba triste porque en sus páginas no había ninguna historia que contar a los niños del mundo.

Un día decidió viajar donde nace el arco iris para llenar sus páginas de color y así poder contar un montón de historias.

Al llegar al arco iris, fue pintando sus páginas poco a poco con los diferentes colores y cada color contaba una historia o cuento diferente.

Las páginas de color rojo contaban historias de amor y de cuentos de príncipes y princesas.

En las naranjas, se escribieron poesías y versos.

Las de color amarillo, como es un color alegre, historias de risa, cómics y chistes.

Las verdes contaban cosas de naturaleza: los animales, las plantas y de cómo proteger nuestro medio ambiente...

Las azules hablaban de los mares y océanos y de todos los animales y cosas bonitas que hay en él, y cómo los humanos con la contaminación los ponemos en peligro.

Las violetas hablaban de historias de superhéroes y heroínas, pero no sólo de Superman o de Batman, también de los papás y las mamás, los profes, los médicos, enfermeras, policías...

Por último, el color añil, que trataba de historias sobre la paz, ahora que en la tele oímos y vemos las bombas de la guerra.

El libro, ya con todas las páginas llenas de historias de todo tipo, viajó por el mundo para contarlas a todos los niños y niñas del planeta.

Álvaro Ullán Bejarano

Ganador Categoría B

LA ISLA POBRE DE AMOR, PERO RICA DE DINERO

Érase una vez, hace mucho tiempo, había una isla. Una isla muy poderosa de dinero, pero con escasa felicidad. Esta isla estaba dividida en tres ciudades; una era la más extensa y por lo tanto la capital de la isla, que era la de los mares; otra, la más pequeña y menos poblada, la de los cuatro vientos; y el territorio que no era ni muy grande ni muy pequeño, el de los reinos.

Entre ciudad y ciudad se llevaban mal por problemas con sus antepasados. Entonces, tres niños de once años llamados Pedro, Pablo y Guillermo empezaron a preguntarse a sí mismos el por qué de ese conflicto. Así que un día, en Sociales, estaban dando la historia de los romanos y la profesora dijo:

- ¿Tenéis alguna duda?

- Yo tengo una duda, pero sobre otro tema. ¿Qué pasó en nuestra isla para ahora llevarnos tan mal? – dijo Pedro.

- A ver, este tema lo deberíais de hablar en vuestras casas, pero debido a vuestra desinformación os voy a explicar lo que pasó resumidamente – continuó la profesora. Todo empezó allá por 1910 cuando nuestro antiguo patrón Marcos, padre de nuestro difunto rey, muere. Marcos, antes de morir, les dijo a sus hijos que cuando él no estuviera presente tendrían dos “trabajos” que hacer. Uno sería coger un mapa de su habitación y dirigirse hacia la cruz roja que señalaba las montañas de Malibú, un territorio despoblado, y una vez allí les estaría esperando una llamativa mesa con dos cartas y, el segundo paso, sería ver los territorios elegidos para cada uno de los hijos y descifrar su herencia a través de pruebas que los llevarían a un tesoro que les había dejado su padre. Primero vieron los territorios que les habían tocado: al hermano mayor, llamado Tritón, le habría tocado el territorio más grande llamado la Ciudad de los Mares; al hermano mediano, llamado Aitor, un territorio más pequeño que a Tritón y que se llamaba la Ciudad de los Reinos. Hasta ahí todos estaban muy satisfechos con su herencia, pero todo cambió cuando el pequeño Carlos recibió la suya, su territorio era el más pequeño y el más despoblado. Él se enfadó y propuso la idea de repartir los territorios en partes iguales. El mediano aceptó pero, en cambio, al mayor no le gustó y denegó la idea y a través de este conflicto empezaron a discutir. Al rato se dieron cuenta de que las montañas se movían bruscamente y retumbaban así que el mayor dijo:

- Vamos a dejar de discutir y leer la siguiente carta o dejamos esto a la mitad.

Se dispusieron a abrir la siguiente carta en la que ponía: “Normas para conseguir mi herencia, estas normas se deberán seguir al pie de la letra, de lo contrario, vendréis conmigo a la muerte. Deberéis buscar este tesoro juntos y sin disputas porque si no...”

Después de esta información que os he dicho mucha gente dice que los tres reyes murieron discutiendo y hay quien dice que se perdonaron y al intentar encontrar el tesoro fracasaron, pero lo cierto es que no hay pruebas de ninguna de estas hipótesis. ¿Alguna duda? – continuó la profesora.

- ¡Nooo! – dijeron todos.

- Vale, pues sigamos...

Al salir de clase los tres niños iban hablando sobre la historia de su isla y el por qué de su tristeza. Hasta que Guillermo dijo:

- Oye chicos, ahora que sabemos donde ocurrieron los hechos y tenemos información de primera mano, ¿por qué no investigamos más el caso?, quien sabe, a lo mejor hasta encontramos el tesoro.

A Pedro y a Pablo les pareció buena idea. Los niños estuvieron quedando durante un par de semanas hasta que una tarde dijo Pablo:

- Creo que ya tenemos mucha información, tenemos la carta de Marco, el patrón, el mapa donde se encuentran las montañas de Malibú y seguramente allí encontraremos alguna pista que nos llevará al tesoro.

Ellos se pusieron de acuerdo y el día 20 de junio quedaron. Les dijeron a sus madres que habían quedado en el parque y que se quedarían a dormir en casa de un amigo suyo para el día 22 ir al campamento de verano de 15 días pero, en cambio, la realidad era que habían quedado ese día en la parada del autobús para viajar a las montañas de Malibú.

El día 21 llegaron y estuvieron todo el día buscando pistas; encontraron trozos de la primera pista, reunieron los cachos y la averiguaron. Eso fueron haciendo con todas las pistas, algunas les resultaban más fáciles y otras más difíciles, pero conseguían averiguarlas. Hasta que llegaron a la última prueba, donde se encontraría el tesoro; esa pista era complicada pero no de resolver, que también, sino de tener valentía y adentrarse en aquella cueva.

Una vez los tres estaban dentro, se les fastidió la cosa, ya que a sólo un paso de encontrar el tesoro se encontraron con la sorpresa de que un grupo de tres niñas, Carla,

Andrea y Paula, tenían el tesoro en la mano. Lo único que pensaron en ese momento fue ponerse a discutir y a pelear, pero Pablo dijo:

- A ver chicos, seamos sensatos, los seis hemos luchado por este tesoro y ahora que estamos a un paso ¡vamos a ponernos a discutir! No ganamos nada a no ser que queráis morir. Los chicos no le hicieron caso hasta que la cueva empezó a derrumbarse y Carla dijo:

- ¡Oh, oh! Chicos algo no pinta bien, mejor salgamos y arreglemos esto fuera.

Los seis consiguieron salir sanos y salvos. Una vez fuera, abrieron el tesoro que resultó ser una caja en la que en su interior ponía: “Este tesoro es un símbolo, con tan solo este cofre la paz reinará en la isla, ir a contárselo a los ciudadanos y recordar que vuestro abuelo siempre os ha querido. Para Guillermo, Pablo y Pedro”.

Ellos se quedaron impactados y por fin entendieron por qué ninguno de los tres sabía nada de sus padres pues ellos eran los herederos. Las chicas se quedaron decepcionadas, pero lo entendieron.

Después de este acontecimiento, lo comunicaron a los habitantes y en esta isla reino la paz.

María Castaño García

Ganadora Accésit “Cabrerizos Educa”

SOMBRA Y COBIJO

En el horizonte una densa bruma, una niebla colorida de verde en mitad de un páramo, y la vieja encina, que nadie conoce quién echó sus raíces en esta tierra, da sombra y cobijo a un paisaje solitario, con mucha historia guardada, con muchos misterios ocultos de los que tan solo saben el tronco milenario y las ramas retorcidas de ese árbol emblemático, conocido como La Encina de la Sonrisa.

Cada año, cuando los primeros esquejes de la primavera ven la luz del día, cuando el almendro y el cerezo se unen en la amalgama del color y de la vida, los habitantes de un pequeño y apartado pueblo rinden pleitesía como si de una Diosa se tratara a esa vieja encina.

Todavía se conservan los restos del antiguo orfanato, construido a finales del siglo XIX al cobijo de una encina milenaria y mágica.

En 1953 la tragedia irrumpió en la vida de aquellos niños que se habían acostumbrado a vivir sin la esperanza de reencontrarse con sus padres. Ellos son los que continúan viva la tradición de visitar a la encina que les dio sombra y cobijo.

Cuentan las voces antiguas, los ecos del tiempo, los romances de leyenda que la vieja encina conoció de amores, batallas, lamentos y rezos, ajusticiamientos medievales y muchas, muchas historias que no lograron sobrevivir en las voces de los hombres y solamente ella las guarda.

La llaman La Encina de la Sonrisa porque hubo un tiempo pasado, en los lejanos años de 1880, que sus ramas se partían, el olvido y la sequía la estaban convirtiendo en un viejo y quebradizo leño, pero unas risas inocentes la fueron volviendo poco a poco a la vida. Eran las sonrisas de los niños del nuevo orfanato construido en mitad de un páramo, en una llanura extensa con carreteras serpenteantes y solitarias, pero era el lugar elegido para que esos niños huérfanos pudieran iniciar una nueva vida y no solo lo hicieron ellos, la vieja encina también se hizo más fuerte y poderosa.

Nadie conoce el motivo de ese mágico milagro, algunos hablan de que la encina quiso ser madre y no pudo, otros que fue un niño quien introdujo sus raíces en la tierra, y también hay los que piensan que fueron las lágrimas quienes regaron sus jóvenes raíces hace milenios y por ello es la risa su mejor remedio.

La poderosa encina se convirtió en la protectora de aquellos niños, ensanchó su tronco, sus ramas formaron una envolvente sombra en mitad de aquel páramo solitario.

Era la guardiana de sus secretos, su patio de recreo; por sus gruesas ramas danzaban los niños buscando alcanzar el cielo. Para ellos era un titán poderoso, cuyas raíces agrietaban la tierra sembrada, era el espíritu de un caballero medieval, el cobijo valiente de la madre que nunca conocieron y la sombra mágica de un ser que nadie sabía con certeza quién era en verdad.

Las generaciones iban pasando y ella continuaba siendo la guardiana de cada niño. Cuando crecían o eran adoptados su última despedida era para su milenaria encina. Marchaban echando la mirada atrás y se llevaban consigo la imagen de un ser poderoso que parece que estiraba sus ramas para acariciarlos por última vez. La vieja encina conoce de las historias de todos los niños que pasaron por el orfanato. Los protegía de la lluvia, limpiaba el humo que la chimenea lanzaba al aire, creando un paisaje acogedor, y era la sombra en la que jugaban los cálidos días estivales.

Cada generación de niños y niñas le entregó un regalo que solían enterrar junto a sus poderosas raíces, por ello es también cueva de tesoros infantiles.

Los años iban pasando y ella continuaba igual de verde, poderosa y legendaria que el primer día que los niños aparecieron en su vida. Ya no marchitaba sus ramas porque ahora le habían encomendado una noble tarea, cuidar de esos niños y niñas tan faltos de cariño.

Las lluvias torrenciales eran frecuentes en aquel lugar y la poderosa encina con sus titánicas raíces siempre frenaba las corrientes de agua, impidiendo que la lluvia entrase por las puertas del orfanato.

Durante más de setenta años, el orfanato se convirtió en parte imprescindible de aquel olvidado páramo y las gentes del pueblo vecino se acostumbraron a ver a los niños de aquel lugar corretear por sus calles.

Pero en 1953 la tragedia se cernió sobre aquel ya envejecido lugar; unas fuertes lluvias rompieron la techumbre y las habitaciones de los niños comenzaron a inundarse. Apenas podían salir del edificio, algunos de sus cuidadores quedaron atrapados y otros tuvieron que huir en busca de ayuda.

La vieja encina contemplaba esa escena con terrible dolor, indignación e impotencia, los niños consiguieron salir del edificio convertido en ruinas y su gran protectora ahí los estaba esperando. Sus poderosas raíces formaron una cerca que impidió que el agua llegara hasta su tronco, donde se habían refugiado los niños. Ninguno sufrió daños y consideraron a aquella encina, no solo el refugio de sus juegos,

sino la Diosa que protegió sus vidas. Estuvieron horas bajo su regazo hasta que pudieron llegar a rescatarlos.

Por desgracia, la tragedia oscureció la vida de los pueblos vecinos; muchos niños, hombres y mujeres fallecieron aquel día. La falta de árboles en las calles impidió que las fuertes corrientes frenaran. Y el viento se envolvió de tristeza.

Los niños del orfanato buscaban un nuevo hogar, aquel viejo edificio había quedado completamente destruido. Pero ellos no querían despedirse por siempre de su guardiana. Se agarraron con fuerza a su tronco negándose a abandonar el lugar donde habían sido por fin felices.

Las familias que habían perdido a sus hijos en las inundaciones y otras gentes del pueblo decidieron acoger a los pobres huérfanos. Las risas volvieron a las calles y con el paso del tiempo la terrible tragedia se convirtió en un desagradable recuerdo. Los niños fueron creciendo, eligieron su futuro y se convirtieron en fuertes hombres y mujeres. Pero hay un ser al que no olvidan, la vieja encina, su protectora, su guardiana. Y por ello en cada aniversario de la tragedia vuelven a ella, primero con sus hijos y ahora con sus nietos, para que cada niño sienta la grandeza de ese árbol, de ese titán que el paso del tiempo no ha conseguido marchitar. Y a su alrededor plantan nuevas y jóvenes encinas, representando a cada uno de los huérfanos a los que ayudó. Cuando los años pasen el extenso páramo se habrá convertido en un verde y poderoso bosque que será capaz de frenar fuertes corrientes de agua, y la historia de los niños será leyenda y tal vez ya nadie recuerde quién clavó las raíces de aquellos árboles en la tierra. Serán nuevos protectores, titanes de tronco y ramas que lanzarán al viento sus viejas historias.

La Encina de la Sonrisa, llamada así porque su cura fueron las caricias y risas de los niños.

Quizás no exista mucho misterio en su nombre, porque los árboles son como los niños, sinceros, deseosos de amor y cariño y capaces de emocionarse sin prejuicios adultos, capaces de ayudar esperando solamente un abrazo.

Carmen Galvañ Bernabé

Ganadora Categoría C